

***Ausente*, libro de poemas de Alberto Mario Perrone con un retrato de Carlos Gorriarena; ilustración de tapa y diseño de Rogelio Polesello. Texto de Edna Pozzi leído durante la presentación en el bar “Tuñón”, octubre de 2006, y de la que también participaron María Granata, Pepe Soriano, Alejo Piovano y el cantor de tangos Horacio Molina.**

Ayer nomás, hace unas horas, estuve escuchando por centésima vez el discurso sobre la inutilidad de la poesía, sobre las difíciles ediciones, sobre un país martirizado por la mediocridad y sobre la falta de lectores, la inexpresable nada entre un poema escrito y aquel a quien va dirigido. Entonces respondí que justo en esas horas estaba leyendo los poemas de Alberto y que tenía todavía la dignidad y el secreto goce, que ellos nunca entenderían, de saber que hay gente que sostiene, tal vez sin darse cuenta, la amplitud del espíritu humano – no hay otra forma de decirlo – lo más recóndito y luminoso que esconde la palabra y que yo era de esa caravana de buscadores de imposibles gemas, yo era ese deber, esa conciencia porque de pronto caían en mis manos, libros como éste, o se me acercaba gente como Alberto y había como algo que estaba por nacer, algo que yo avizoraba, sentía con todo el cuerpo, con el hígado, los riñones, el corazón, un canto era y eso es lo que en definitiva debo a este libro y lo que malamente intento transmitir. Porque estamos hablando de la verdad de la poesía, de la casa de este hombre que ha sorprendido los materiales indignos, o míseros del universo y los ha hecho brillar, de este poeta cauto, medurado y hondo, que sólo en su aparente sencillez viaja por los paisajes de las palabras y se sitúa en el carozo de la belleza y el dolor; entonces ¿por qué las explicaciones vanas, por qué el intento de sumergir al otro en lo terrenal y gozoso de un canto que se impone por sí solo, ese ritmo, ese eco, esa diapasón que deja cada poema?

Este viajero de tierras de América, hablándole al hijo, a la madre: “Cómo, cómo, mi pequeño hijo suenan los huainos que alguna vez habrás de oír, tranquilo y feliz, repantigado en el piso de totora fresca, humedecidas yemas de estos versos que escribo, hijos” o ese formidable

poema 42 “Les digo lo que no pude hacer/lo no deseado/lo que no alcancé a soñar siquiera” y “resignado a no empuñar más el lápiz ni levantar la mirada/revolviendo mi plato y esperando con el aliento quebrado/ amanecer entre los hombres en vez de sobre ruinas”.

Podría insistir sobre el discurso poético de Alberto Perrone, esa música prosaica que de pronto asume todas las tensiones del vuelo. Podría insistir sobre ese despojo, esa limpieza, esa fluidez con la que el canto se desenvuelve de los harapos de la lengua. Pero él ha dicho: “¿No es acaso cierto, que existe ese pájaro que sale al amanecer, en ayunas, pero cantando?”, es decir, lo ha dicho con una claridad final, con una hermosura no buscada, sino como naciendo de un corazón inclinado hacia el este.

El exilio interior del poeta, “todavía no tenemos ningún país, y sin embargo pisamos este suelo, dulce patria del hombre”, se trasfunde en la delicada paciencia, la piedad con que camina los paisajes del alma. Un exceso de ternura mezclada con el hartazgo, para delinear una patria que no está al final de ningún viaje, es sólo el sueño levantado para se compañía, averiguar en el rostro del otro, las faces agrietadas por ese “dolor acumulable”, la tensión que en toda presencia anida con un rumor de alas, con una sospecha de partida.

Todo el libro de Alberto respira un aire clásico, justo, certero. Una limpidez extraña. El aceite de las palabras fluye mansamente para llevar a la luz las pasiones y los dolores que nos constituyen. La realidad es entonces una piedra facetada y él separa con unción las escamas brillantes que la cubren y humilde, devotamente, se queda con la piel desnuda y terrible. Si eso no es un buen oficio, no sé qué lo es. Desde México a Brasil, desde la dictadura chilena y la sabia incorporación de un verso de Neruda, hasta el hijo presencia-ausencia, hasta la mujer amada y las plazas de Venecia, todo respira verdad, claridad, un amor total, “mano sobre mano” y por eso yo agradezco extendiendo mi mano también para el poeta-amigo quien debe saber, debe saber, que me ha conmovido profundamente. Gracias, entonces, en verdad doy las gracias. En los bares, en el vino, en el tango, en las alocadas esperanzas, en el rumor de los árboles finales, gracias por hacer esto con las palabras.